

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 232

25 cts.



**DULCE
ADELINA**

13
POR
Filmoteca
CHARLES RAY

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 232

DULCE ADELINA

Finísima comedia, interpretada por el simpático
y popular artista CHARLES RAY, secundado
por la ingenua GERTRUDE OLMSTEAD.

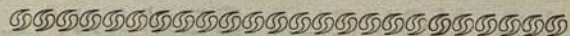
Repertorio M. DE MIGUEL

(La Aristocracia del Film)



Consejo de Ciento, 292, Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ELMO LINCOLN



DULCE ADELINA

Argumento de la película

Hay familias en las que uno de sus miembros se erige en rey absoluto, tiránico y despótico, siempre celoso de su menguada soberanía...

En el pueblo de Riosequillo, existía una de estas familias.

La componían los siguientes miembros:

Bill Ray, factor único de la estación del pueblo y presuntuosamente el único factor en su hogar;

Charles, hermano menor de Bill y un cero a la izquierda en sus cuentas. Un excelente muchacho. Las más rudas labores de la mísera granja no habían insensibilizado su alma de niño, ansiosa de ternura y de poesía, cuya única expresión era su voz delicada y dulce, blanco de todas las burlas de los suyos;

"Mamá" Ray, muy buena madre para Bill y un modelo de madrastras para Charles;

Y, finalmente, "Papá" Ray, que se había visto, en la vejez, obligado a apartarse, cada vez con mayor dolor, a causa de su acentuado reuma, de su cotidiano trabajo.

La situación financiera de los Ray no era nada halagüeña. Bill ganaba poco y con ello tenía que vi-

vir toda la familia, pues la granja agrícola no daba, de un tiempo a aquella parte, más que deudas.

Así las cosas, "papá" Ray recibió la siguiente carta:

Estoy atravesando difíciles momentos en mis negocios, y no pudiendo esperar a que los suyos se arreglen para que proceda al pago de los intereses vencidos de la hipoteca, le aviso, por esta nota, que de no recibir seguidamente una respuesta satisfactoria, procederé de conformidad con la ley, obligando a usted a abandonar la hacienda.

Suyo affmo. s. s.,

Salomón Morley

El apurado reumático no encontraba solución a su grave caso. ¿Qué hacer? En la casa no había un céntimo de economías. En el pueblo, nadie aceptaría prestarle la suma indispensable, puesto que no podía ofrecer, a cambio de la misma, las garantías necesarias para asegurar su devolución.

Bill y "mamá" Ray trataron de consolar al enfermo.

—No te pongas nervioso, que es peor, "papá" — le decía la viejecita esposa—. Bill, que es juicioso y tiene buenas relaciones por ahí, verá lo que conviene hacer para evitar que ese prestamista empantado con el cuervo, se eche sobre nuestra desdicha.

—Pero ¿qué va a poder hacer Bill, "mamá"? El muchacho se va a romper la cabeza buscando ayuda, para ir de desengaño en desengaño.

—Yo tengo amigos, padre, que me quieren; y acudiré a ellos — dijo Bill.

—Ya lo has oído, "papá": nuestro hijo nos libraré de la rapacidad del usurero.

—Bill, hijo mío, tu madre y yo sabemos que todos tus afanes se dirigen a procurar que nuestra vejez sea tranquila; y pensando en ello crees posible todo lo que tu buen corazón te sugiere. Pero tú parece ignorar que lo menos que existe en el mundo es la bondad. Tus amigos dejarán de serlo en cuanto plantes con ellos una cuestión de dinero, y, además del fracaso de tu idea, que te llenará de pesadumbre, sentirás en tu alma la más horrible soledad, el abandono de los que tú supusiste amigos de verdad y que, al quitarles la careta, han aparecido ante ti como lo que son: unos egoístas, el mal de nuestros tiempos. Yo te aconsejo, pues, por tu bien...

—No sigas, padre. Déjame hacer a mí. Los viejos habláis como eminencias que quieren saberlo todo. Los jóvenes, según vosotros, somos unos ingenuos; y te voy a demostrar que la realidad es todo lo contrario.

El reumático no dijo una palabra más. Bill era el que podía salvarle, y en él tenía que confiar.

Bill había contestado a su padre en forma que no admitía duda. El encontraría la solución necesaria.

¿Con qué o con quién contaba?

A decir verdad, contaba más con la Providencia que con otra cosa...

En tanto, Salomón Morley, el usurero que tendía las redes de su avaricia a los Bill, anheloso de que, no pagando lo que debían, pudiera echarlos de la granja, para hacer un negocio redondo con la venta de la misma, esperaba la respuesta a su carta, alegrándose de que no llegase...

A la mañana siguiente, Bill, ocupado en su trabajo en la estación, sintióse, sin haber oído llegar

a nadie, tocado en un hombro. Volvióse y apareció ante él la desagradable silueta de Salomón.

Bill atragantóse. ¿Qué iba a decirle el ave agorera? ¿Qué le respondería él? Pues lo cierto era que el prestamista le hablaría de su asunto, que convenía liquidar, y que él no podía darle ninguna contestación concreta. ¿No se había, acaso, ocupado aún de buscar, entre sus amistades, la que le ofreciese su apoyo? No. Porque él no sabía a quien dirigirse. Todas sus palabras llenas de promesas pronunciadas ante sus padres, se las dictó su desmedido orgullo, su vanidad de ser en su casa el que llevaba la batuta.

El usurero, mirándole en el fondo de sus pupilas, le dijo:

—Supongo que habréis recibido mi carta, que es mi ultimátum. Pero la contestación no ha llegado. ¿Qué pensamiento tenéis formado respecto a ello?

—Señor Salomón, nosotros le pagaremos, claro que sí; pero ocurre que...

—Nada de ocurrencias, amiguito. Yo necesito cobrar. Lo demás no me importa.

—Deme usted un corto plazo. Como mi padre está enfermo...

—La deuda de ustedes hace tiempo que ha vencido... De modo que, no pudiendo yo esperar más, le notifico que procederé, conforme les decía en mi carta, judicialmente.

—No sea usted tan exigente, señor Salomón. Hágame usted cargo de nuestra situación...

—Yo no puedo hacerme cargo de nada. Y basta de conversación inútil con usted. Creo que lo mejor será que hable con su padre, que es, al fin y al cabo, el cabeza de familia...

Bill no podía sufrir que en su hogar hubiera más cabeza que la suya, y atajó enérgicamente al judío:

—¡En mi casa no hay más jefe que yo, que soy el único que gana dinero!

—No tengo inconveniente en creerlo, si usted me lo demuestra, y nada mejor para hacerlo que pagarme.

—Deme dos días para contestarle dándole una solución.

—¿Dos días?... Está bien. Pero le advierto que no esperaré más.

El prestamista se separó de Bill, dirigiéndose con paso lento, y murmurando cifras, su obsesión, hacia el pueblo.

Al margen de las preocupaciones familiares, pues no le hacían partícipe de ellas los suyos, considerándole un muchacho, Charles se hallaba platicando con uno de sus amigos, aficionado al teatro como él. Dicho amigo sacóse unas monedas y un billete del bolsillo del pantalón, y se lo entregó todo a Charles.

—Toma — le dijo—. Esta es tu parte de lo que cobramos por cantar en la función del sábado..

—La esperaba, Vicente, porque tengo una gran idea.

—No es mucho, pero para nosotros...

—Yo cantaré siempre por ese precio. Algo es algo.

—Peor es cantar de la mañana a la noche, como tú lo haces, sin cobrar nada.

—Así llegaré a acostumbrar mis pulmones.

—Lo cual no te haría estorbo; porque, se me olvidaba decírtelo, la joven recién llegada al pueblo dijo que tú eras un tenor detestable.

—¿De veras?

—¡Palabra!

Charles sonrió al evocar la grácil figura de la

señorita en cuestión. Le había bastado verla una sola vez para tener la seguridad de no olvidarla jamás.

No era un elogio el que ella le dirigía por conducto de un amigo, referente a su "arte", pero, en cambio, le parecía de buen ver el que se ocupase de él, en cualquier sentido que fuese, que a él se le figuraba que ensalzar o criticar a alguien demuestra por igual el interés que ha despertado la persona ponderada o censurada.

Además, a Charles, que era un ingenuo, se le antojó que la vecinita no había empleado mala intención al tratarlo de pésimo cantante. Pero como algo de cierto debía de haber en ello, se propuso no cejar en su afán de "amaestrar" sus facultades vocales que vibraban en su alma.

Para disimular delante de su amigo la dulce sensación que experimentaba pensando en la vecinita y en sus enormes deseos de llegar a gustarle, como cantante y como... como novio único, contestóle, echando la cosa a broma:

—Pues, no creo que lo hagamos tan mal... ¡A ver si se ha creído que esto es la "escalera" de Milán!

Y en llegando, poco después, a su casa, Charles se encerró en su cuarto, y con la ayuda de una caja de tabaco, vacía, desde luego, y sin tapa, y un mango de escoba, cuyo extremo inferior se hallaba empujado en dicha caja, en el centro de la cual había una cuerda de violín, se dió el tono inicial de sus vocalizaciones, sirviéndole el original instrumento de diapason.

**

Recordando súbitamente que tenía que poner en práctica su gran idea, Charles dejó la música para

más tarde, cogió de un mueble lo necesario para escribir una carta, la redactó rápidamente, y al ponerla en el sobre que la llevaría a destino, metió dentro también el billete recién cobrado de su amigo, que era barítono de la compañía de aficionados del pueblo, y todas las economías que acumulara en mucho tiempo.

El tren que se detenía un minuto escaso en Riosequillo, pitó a poca distancia de la estación; y Charles, como movido por un resorte, salió de la casa, y subiendo al *Ford* que empleaba Bill para el reparto de mercancías, por cuenta de la Compañía de los Ferrocarriles, lanzóse a toda marcha al encuentro del monstruo de hierro, que estaba próximo a llegar.

Para alcanzar el convoy, le siguió por la carretera, y en un paso a nivel le cruzó temerariamente, para aventajarle un poco.

A pesar de todos sus esfuerzos, Charles, al llegar a la estación, vió partir, ya cumplida su corta parada, el tren.

Con más ahinco que antes, temiendo no conseguir lo que se proponía, le persiguió con el *auto*, pudiendo, al fin, saltar al furgón de cola, abandonando el coche de su hermano, que se detuvo al encontrar cerrado el paso por una pared.

Charles entregó su carta al empleado que se hallaba en el citado furgón, rogándole la entregase a los ambulantes de correos, y volvió a tierra, no rompiéndose nada porque algo invisible le estuvo protegiendo durante cinco minutos de verdadera emoción.

Bill, con numerosos vecinos de Riosequillo, que se hallaban en la estación para distraer su ocio acudiendo al paso de los trenes, fué al encuentro

de Charles, que respiraba contento y satisfecho de haberse salido con la suya.

El factor, sumamente extrañado, preguntóle a su hermano:

—¿Qué cosa tan importante es esa, que por pescar el correo por poco me dejas sin coche?

—Era una carta, Bill... — le dijo Charles, riéndose.

—¿Una carta?... Y si no hubiera salido hoy esa carta, ¿se habría hundido el mundo?

Charles se rió más, y repuso:

—No... Pero hubiera tenido que llevar los pantalones de papá... el día de la jira campestre.

Bill, a su vez, echóse a reír, burlándose de su hermano, y llamando a los vecinos, que estaban un tanto alejados de ellos, les dijo, para que el pitoreo fuese de órdago:

—¿Saben ustedes para qué corría tanto? ¡¡Para no quedarse sin pantalones!!

Riéronse, escandalosamente, todos; y Charles, que era bueno, que no creía en la mala fe del mundo, se rió con ellos... pero algo le dolía en lo más hondo...: la sospecha de que se le trataba como un monigote.

Por fortuna, para hacerle desaparecer las más insignificantes nubes de tristeza, el azar, ese dios de los enamorados, le deparó el encuentro de su vecinita "enemiga" de su voz. Llamábase Adelina Reynolds. Todos se habían fijado en ella. Al decir todos, queda comprendido el viejo y antipático Salomón, cuya opinión galante respecto a su físico era la de que era más bonita que una hipoteca al doce por ciento...

Charles y Adelina se habían visto y hablado otras veces. Ni que decir tiene que aprovecharon aquella

nueva ocasión para continuar contándose sus cosas...

—Buenos días, señorita Adelina... ¿Va usted hacia su casa?

—Buenos días, señor Ray... En efecto; a mi casa me dirijo.

—¿Me permite que le lleve ese cesto?

—¿Por qué se molesta?

—Es comodidad.

—¿Comodidad?

—Bueno... Quise decir que es mejor que yo vaya cargado y usted sin nada...

—Muchas gracias.

Hacia un momento que Charles percibía un perfume muy agradable, y viéndole aspirar con deleite, Adelina le dijo:

—Violetas, sí.

—¡Oh! No podía equivocarme. ¡No hay nada que apeste tan bien como las violetas!

—Celebro que mi perfume le haya gustado.

—Sí... sí... mucho... mucho...

Charles hubiera querido replicarle que todo lo suyo le gustaba una barbaridad; pero no tuvo valor. Era más tímido que una tortuga. Y como no acertaba a decir nada más, y los ojos de Adelina lo examinaban con atención, no hacía más que tragar saliva, y había que ver cómo se le movía la laringe...

Para hacer algo dióle vueltas y más vueltas al cesto, haciendo girar con él su brazo; hasta que Adelina, alarmada, exclamó:

—¡¡Hay huevos!!

Charles suspendió *ipso facto* la operación giratoria, y aseguróse de que no había habido aún la rotura que era de temer; cuidando, a partir de aquel momento, de no provocarla más.

Y sin poder vencer más que a medias su timidez, Charles acompañó a Adelina hasta muy cerca de su casa; y al separarse, siguió con ella, que reinaba en su espíritu, y le hablaba y le sonreía.

Por su parte, Adelina se quedaba con él.

¿En qué quedamos? ¿Se separaron, o no?

La carta de Charles era para los Grandes Almacenes "El Gavilán", una sastrería de ropa a medida por correspondencia; y aquel día, un paquete, postal y misterioso, llegaba al hogar de los Ray.

Bill, viendo dicho paquete traído por el correo, lo abrió, a pesar de que la etiqueta indicaba el nombre de Charles; y al encontrar dentro un traje gris y un sombrero de paja, quedó estupefacto. ¡Caramba, el pollito! ¡Qué elegante iba a ponerse!

Charles llegó a su casa poco después de hacerlo el paquete, el cual, para gran disgusto suyo, encontró vacío.

En el acto sospechó una mala acción de su hermano, el jefe de la casa.

Quería rebelarse, demostrar que él no era un borrego, como todos creían; pero se contuvo.

Bill no tardó en presentársele, vestido con lo del paquete. Con frescura insuperable, le dijo:

—¿Qué te parece tu nuevo traje?

Charles miraba lo que era suyo y que le resultaba de su agrado. Pugnaba por decirle a Bill que se quitase en seguida el traje, pero no se atrevió. ¿Era un cobarde? No. Su temperamento, excesivamente susceptible, oponía una valla a su rebeldía. Sabía, además, que su hermano no atendería por las buenas su queja, y calló por evitar una riña con él, la cual habría causado gran disgusto a los padres. No son

valientes úniamente los que gritan y pegan por cualquier cosa, para salir victoriosos, sino con razones morales, con las físicas, que, para algunos, son más duras...



—¿Qué te parece tu nuevo traje?

—¿Te gusta? — prosiguió Bill ante el silencio de Charles.

Este creyó que tal vez su hermano no quería adueñarse del traje, sino probárselo solamente. Y sonriendo, esperanzado, díjole:

—Sí, Bill, me gusta mucho.

Bill torció la boca y exclamó:

—¡A mí también!

Charles se quedaría, pues, sin traje.

Llegó el día de la jira, a la que debía acudir todo el pueblo.

Bill se puso el traje gris comprado por Charles, sin olvidarse del sombrero de paja.

Varios camiones habían sido destinados para el transporte de la gente del pueblo a la montaña.

Charles pasaba serios apuros por vestirse un poco decentemente. Como no tenía pantalones, tuvo que ponerse los de su padre, cuya cintura le doblaba la suya. Con penas y fatigas, el buen muchacho logró ajustar a su cuerpo dicha prenda; pero tendría que tener la precaución de vigilar que no se le cayese, pues no tenía ni unos malos tirantes ni peor cinturón o correa.

Bill, que no había sido menos que los demás jóvenes, bebía también los vientos por Adelina, y al salir de su casa, en cuya puerta sus padres le prodigaron frases de elogio, la buscó en los camiones, y al verla fué a sentarse a su lado, para enojo de ella, que esperaba a Charles.

Este, atento a que no se le cayeran los pantalones de su deudo, salió de su casa a poco, no mereciendo de sus padres las alabanzas dirigidas a Bill, sino algún que otro reproche por su tardanza.

El hecho de que su hermano se hubiese acomodado cerca de Adelina, iba a privar a Charles del placer incomparable de tenerla a su lado. Casi estuvo por renunciar a participar en la fiesta, pero el deseo de ver a su amada, aunque de lejos, le dió ánimos.

Otra vez, el dichoso azar sonrió a Charles.

Ocurrió que una señora, exageradamente obesa, no podía subir al camión que había elegido. Varios hom-

bres se dispusieron a "cargarla" en el camión, pero como la señora era de peso, llamaron, casualmente y precisamente, a Bill, para que les diese una mano. Bill acudió y puso las dos manos... mientras Charles, llamado por Adelina, ocupaba su sitio a su lado.

Bill hubiera arrojado de allí a Charles, al darse cuenta de lo listo que había sido; pero como dió la coincidencia de que los camiones se pusieron en marcha, yendo a la cabeza el en que iban Adelina y su favorito, tuvo que resignarse, y subió al último de los camiones.

Llegado el término de la excursión, Adelina no dejó un solo momento a Charles, tragando quina por hectólitros el vanidoso Bill.

Varias veces había tenido ya Charles que subirse los pantalones, los cuales parecían empeñados en que Adelina le viese en calzoncillos cortos.

A la hora de comer, el presidente de la comisión organizadora de la fiesta anual de Riosequillo, dijo a los jóvenes, después de haber hecho poner en fila, enfrente de ellos, a escasos pasos, a las mozas:

—¡Ha llegado la mayor atracción de la jira! Muchachos... Hay, a los pies de cada moza, una cesta con una merienda para dos... El primero en llegar se lleva la merienda y la pareja.

Los ojos de Charles y de Adelina se cruzaron, anhelosos de lo mismo.

Bill y otros jóvenes también miraron a Adelina.

—Cuando dispare, corred — continuó el buen hombre.

Todos los jóvenes se prepararon, y al sonar la detonación, una avalancha humana se precipitó a los pies de las gentiles mozas, dueñas de su albedrío.

Cuatro jóvenes pretendieron la cesta de Adelina, para poder merendar en su grata compañía; y como todos llegaron a un mismo tiempo, todos se creían con derecho a ganar.

El presidente de la fiesta, dando una prueba de su sensatez, falló el caso:

—Si hay duda, siempre se considera vencedor al que tiene la mano en el asa.

Tres de los cuatro mozos se levantaron, murmurando incoherencias contra sí mismos; y el cuarto, o sea, el que tenía la mano en el asa, irguió su cabeza, sonriendo a todos. Adelina palmoteó. ¡Era Charles!

Los pantalones de Charles se ponían cada vez más "inaguantables", pero si bien era cierto que no las tenía todas consigo, le bastaba tener a Adelina.

Una vez que Charles se apartó de su amada, no para ir a abrocharse los pantalones de su padre, sino para buscar algo con qué abrir una lata de sardinas, Bill, que la anduvo buscando, se acercó a Adelina, dispuesto a usurparle el puesto a su hermano.

—Veo que su cesta estaba bien provista de cosas buenas. Si no molesto...

Nada, que el fresco se quedaba a merendar.

Adelina no se atrevió a echarlo de allí, pero otro se encargó de hacerlo. ¿Quién, Charles? No. Otro que no tenía rival en su autoridad sobre Bill. ¡El prestamista Salomón!

—¡Ah! ¿Es usted? — dijo Bill al volverse para ver quién le había tocado en un hombro.

—Sí, soy yo. Le he de decir cuatro palabras. Ven-ga conmigo.

Bill siguió al usurero, y Charles, bendiciendo la

intervención del repugnante judío, recuperó su sitio al lado de Adelina.

Salomón decía a Bill, a cierta distancia de ellos:



...preparando ella, con delicadeza, la merienda...

—¿Se burla usted de mí, o es que cree que yo me chupo el dedo?

—Tiene usted razón, señor Salomón... Pero tenga un poco de paciencia... Un íntimo amigo mío, propietario de uno de los mejores cafés de Chicago, me enviará seguramente el dinero... Espere, y no se arrepentirá... Le haré un regalo...

Al día siguiente. Domingo. Único día, para Charles, de descanso semanal, pero por escasas horas nada

más, durante las cuales se entregaba a su afición predilecta: el canto, acompañándose al piano.

Bill estaba aquel día peor, de carácter, que nunca. No había para menos. Su "amigo" de Chicago le acababa de hacer llegar la respuesta a su carta, en la que le decía lo que sigue:

Cabaret de Moda

Dancing-Revistas

Propietario: Arthur Yates.

Chicago, 20 de mayo de 1926.

Amigo Bill:

Eso que me cuentas está muy bien, pero me parece que un segundo sablazo sin haberme saldado el primero es mucha frescura. No cuentes, por tanto, con ese dinero. Tu viejo amigo

Arthur Yates

Por tal motivo, Bill, oyendo a Charles echar al aire su inspiración, dió un puñetazo a la mesa, asustando a sus padres y no oyéndole su hermano, y dijo:

—¡Ese idiota se cree que tiene voz! ¡Ya estoy harto de que todos los domingos me los estropee con sus berridos! ¡Creo que tengo derecho a un día de descanso después de trabajar toda la semana para vosotros!

Los viejos no se atrevieron a responderle.

Entonces Bill, aproximándose al piano, se puso a gritar, para que Charles suspendiese su "concierto".

Y así ocurrió, pues Charles, para evitar una disputa con su hermano, levantóse de la caja sonora y se puso la americana, para salir.

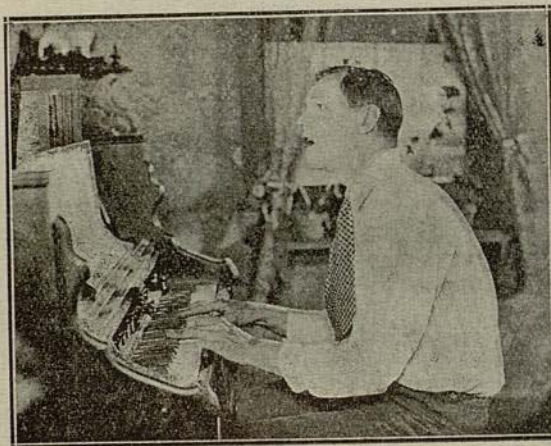
—¿Adónde vas? — preguntóle Bill,

—Voy a casa de Adelina.

—Sí, ¿eh?... ¡Te contentarás con ir a echar de comer a los cerdos... que es para lo único que sirves!

—Pero, Bill... es muy temprano.

—Es igual.



...durante las cuales se entregaba a su afición predilecta: el canto...

Charles crispó las manos, y Bill salió de la casa, rumbo a la de Adelina.

Como una sombra implacable, el usurero le salió al paso.

—¿Otra vez usted? — dijo, sorprendido, Bill.

—Ya sé que no le sientan bien mis visitas, pero sepa que a mí me han agotado ya la paciencia. Si no me pagan ustedes hoy, tendrán que desalojar mañana.

—No nos veremos precisados a desalojar, señor Salomón...

—¿Cómo que no?

—Quise decir que he recibido esta mañana carta de Chicago. Mi amigo me ha contestado que puedo contar con ese dinero que le pedía, pero tengo que esperar todavía unos días.

—A ver esa carta...

—Sólo le permitiré que lea el membrete, que es sobrada garantía de la opulencia de mi amigo.

—¿Cuántos días más necesita usted?

—Los que usted quiera... Unos quince... o veinte...

—Mire usted... No quiero que me tache de desconsiderado. Le concedo treinta días, pero a condición de que redondeemos la deuda a 2.000 dólares. ¿Hace?

—Se va usted a ganar en un mes, conmigo, cien-
to veinticinco dólares; pero, en fin, sea.

—No olvide que le hago un favor. Si se tratase de otro...

—Sí; me consta que me tiene usted mucha simpatía.

—Ni más ni menos. Y ya que estamos perfectamente de acuerdo, firmeme este papel.

Bill leyó el escrito que en un santiamén había redactado el usurero. Decía:

Me comprometo a pagar a don Salomón Morley, dentro de los treinta días a partir de esta fecha, la suma de dos mil dólares o a abandonar todos mis derechos a la propiedad de la granja "Rosamira".

Riosequillo, 21 mayo 1926.

Y Bill firmó.

Salomón frotóse las manos de gusto, y regresó luego tranquilamente a su casa.

Bill llegaba a poco al hogar de Adelina.

Esta, cuando llamaron a la puerta, creyó que el que llegaba era Charles. Se llevó chasco, pero no pudo negarse a recibir a Bill, que la obsequió con unos bombones.

Charles, cumplido, a conciencia, como todo lo que hacía, el encargo de su hermano, arreglóse de nuevo para salir. El sombrero de paja de que disponía no le entraba en la cabeza, por lo que, prefiriéndolo a no llevar nada, se lo puso debajo del brazo, dirigiéndose a visitar a Adelina.

Bill, en tanto, de la conversación trivial que entabló con Adelina apenas en su presencia, pasó a cosa mayor, osando implorarle, al estilo romántico, su amor, que "tanto" necesitaba el suyo.

—¡Oh, sí, Adelina, yo la amo!

—Por favor, Bill, no me hable usted así. Comprendo que yo... No es que no sea usted un buen muchacho... pero yo... ¿sabe?... En fin, no puedo quererle más que como amigo.

Bill palideció. Luchaban en él la amargura del desengaño y la tortura de la envidia...

—Ya sé por qué me rechaza, Adelina — le dijo—. Pero yo le demostraré que mi hermano es un cobarde, indigno de usted.

Y marchóse, importándole poco a Adelina su enojo.

Charles acababa de llegar ante la verja del jardín de la casita de su amada. Bill, al verle, vió llegada la ocasión de vengarse en su hermano del desprecio que se le acababa de inferir, por su causa; y le cerró el paso con su cuerpo.

Charles, humildemente, trató de apartarlo de la entrada.

—Déjame pasar, Bill. Adelina debe esperarme, y

ahora es justo que me toque a mí el ir a saludarla.

—¡Eres un necio y un botarate! ¿Quién te ha dicho a ti que Adelina te espera?

—Bueno, Bill, ¿me quieres dejar entrar?

—¡Largo de ahí! Echa para casa, o te pongo las narices como un tomate.

Ante tamaña brutalidad, Charles dijo a Bill:

—¡Se lo diré a papá!

—¡Hala, estúpido, hala!

Y le seguía empujando.

Charles le suplicó, pues temía que su amada le estuviese contemplando detrás de una ventana:

—¡Por lo menos, no lo hagas delante de la casa de Adelina!

Bill no cejó en su salvajismo y a muy corta distancia de la casa de Adelina, le contestó a su hermano:

—Luego podrás contarle a papá todo lo que quieras, pero antes habrá visto Adelina qué clase de novio tiene.

La encantadora joven presenciaba la al parecer cobardía de Charles, que se dejaba pegar impunemente por Bill.

Pero Charles, comprendiendo por las últimas palabras de su hermano, que su brutalidad tenía un motivo, despojóse, en un arranque de amor propio, de su envoltorio de hombre pacífico, y dijo a Bill al tiempo que se quitaba la americana:

—¡Si se trata de demostrar algo a Adelina, por mí no va a quedar!

Le propinó tal golpe, que el tirano mordió el polvo; y enardeciéndose uno y otro, entablaron reñida pelea, quedando Bill para el "arrastre".

El vencido, que no esperaba conocer la dureza de los puños del vencedor, le miró atontado, como quien contempla algo sobrenatural.

Por su parte, Charles, sintiendo haber llegado a tan desagradable extremo con su hermano, le refrescó



—Luego podrás contarle a papá todo lo que quieras, pero antes habrá visto Adelina qué clase de novio tiene.

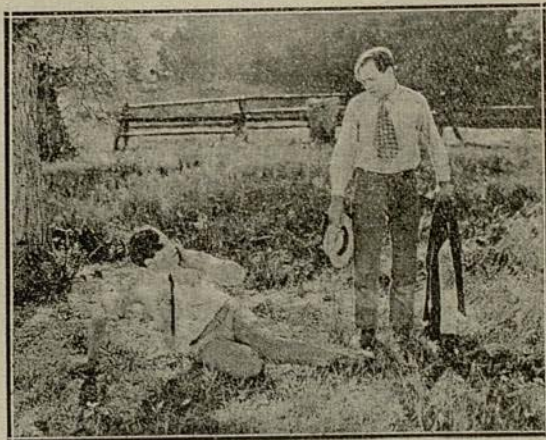
las sienes con agua de un riachuelo, y como quiera que el caído no podía moverse, cargólo en sus hombros, conduciéndolo al hogar...

Adelina, detrás de la ventana, aplaudía el valor y la bondad de su novio; ¡que lo era, sí!

Y desde aquel momento Bill no se burló de Charles, y Charles recuperó su traje nuevo.

Sin embargo, los padres no notaron nada. Bill seguía siendo el amo.

De modo que, superficialmente, nada había cambiado; pero en la mente de Bill el menosprecio se



...quedando Bill para el "arrastre".

había convertido en odio implacable, ansioso de venganza y de desquite...

Un día, acompañando a su padre a paseo, pujando de un cochecito, Charles leía afanosamente un libro que había caído en sus manos, y cuyo título era el de "Cómo llegar a ser cantante en diez lecciones".

Por haber visto a Adelina, Charles soltó el cochecito en que iba su padre, y fué de milagro que el enfermo no se despeñó a un precipicio. Charles llegó a tiempo de impedir tal desgracia; pero no

pudo lograr que, con el padre, se salvara el coche, que se destrozó en el fondo del barranco.

Al regresar al hogar, con el consiguiente susto del reumático, la madre, enterada de lo ocurrido, recriminó muy severamente a Charles:

—¡Has dejado a tu padre sin su única diversión! ¡Hasta eso tenías que destrozarlo, inútil! ¡Sin contar con que por poco eres el causante de su muerte!

Bill salió, por única vez en su vida, en defensa de su hermano.

—No seas muy dura con él, mamá — le dijo, asombrando a todos—. También nosotros hemos tenido nuestras cosas y, sin embargo, reconozco que muchas veces he sido injusto con él...

Charles creía soñar...

—Si Charles quisiera escucharme, muy pronto podría comprar una docena de carricoches como ese y librar la granja de hipotecas... — continuó Bill, que no obraba por cuenta de buenos sentimientos, sino con instinto de venganza.

Charles preguntó, extrañado:

—¿Qué he de hacer, Bill? Dímelo, y te obedeceré.

—Tu única ambición ha sido, siempre, cantar; ¿no es verdad?

—En efecto...

—¡Pues, aquí tienes la ocasión! Toma. Esta es la dirección del teatro adonde te dirijo. En el membrete está también el nombre del propietario. Se trata de un íntimo amigo mío y yo lo he arreglado todo para que te contrate...

Charles vio brillar la gloria. Decidido, contestó:

—¡Iré a Chicago aunque sea andando!

“Papá” Ray aceptaba lo que proponía Bill y que tan gustosamente acogía Charles; y como la madre

tampoco tuvo nada que decir, se decidió la partida del menor de los hijos para el día siguiente.

Charles tenía un hondo secreto que contar y una dulce esperanza que pedir... y después de haber adquirido en los almacenes “Los Cuatro Elementos”, cuatro regalos por el precio de uno, o sea, una caja de obsequios especial de la casa, dirigióse al hogar de Adelina...

La suave doncella estaba con su madre, quien al ver llegar a Charles, al que conocía por hablar constantemente de él su hija, los dejó solos... vigilando desde la meseta superior de la escalera de las habitaciones altas, en donde acomodóse para coser.

Adelina sentóse a la mesa, para jugar a algo con Charles, como otras veces; y de pronto, el enamorado galán depositó sobre dicha mesa una botella de perfume.

—¡Oh! — exclamó Adelina.

—¡Es de violetas! — dijo Charles.

Luego, otro regalo: una pastilla de jabón.

—¡Qué rumboso, Charles! Muchas gracias.

Después, el tercer obsequio: un abanico.

Adelina apreciaba todo eso más que una fortuna; y dijo, palmoteando:

—¿A qué vamos a jugar?

—Podemos jugar al tuteo... Yo la tuteo y usted me tutea...

—No. Juguemos a la ranita.

Intencionadamente, hicieron caer una ranita al suelo; y buscándola, ellos se encontraron, y el encuentro fué tan grato, que Charles y Adelina se ruborizaron...

Charles le dijo a su amada:

—Cierra los ojos y piensa lo que te gustaría tener.

Ella obedeció, y sintióse algo en su dedo. ¡Oh! ¡Un anillo! ¡Así le decía Charles que la quería como novia!

Emocionada, Adelina, se abrazó a él, que veía visiones, y como el abrazo duró largo rato, la madre



—¡Es de violetas!

hubo de sorprenderlos... y al enterarse de que Charles se iba a Chicago, lo celebró. ¡El amiguito era de cuidado! ¡Cualquiera los volvía a dejar solos!

Poco después, convencido del amor de Adelina, Charles tomó el tren, pero, para estar más "cómodo", se instaló debajo de un vagón.

A medianoche, en Chicago, en el Café Savarin, un oasis en el desierto de la ley seca, la animación era extraordinaria.

Charles se quitó el polvo como pudo, ensució un pañuelo para limpiarse el rostro, y entró en el *cabaret* de moda, con la maleta en una mano y la otra mano encima del corazón...

Preguntó por el señor Yates, y puesto en antecedentes de dónde le encontraría, llegó hasta él, y al hallarse a pocos pasos suyos, decidióse a presentarse, animado repentinamente ante la idea de ganar pronto algún dinero para casarse.

—Ya me tiene usted aquí, señor Yates — le dijo, festivo.

El propietario del establecimiento le miró con extrañeza.

—¿Quién es usted? — preguntóle.

—Soy Charles Ray, de Riosequillo...

—¿De Riosequillo nada menos?

—Sí, señor... El nombre suena, ¿eh?... Pues... sí... Yo soy tenor...

—¡Ah! ¿De modo que es usted un cantante?

El seyor Yates se hallaba con varios buenos clientes de la casa, con los que se rió de buena gana de la ingenuidad de Charles. Este, no maliciando la mala intención, también se reía...

—¿Y qué canta usted? — continuó el señor Yates.

—El Vals de las Olas y...

La risa de todos fué ruidosa. ¡El Vals de las Olas! ¡Qué gracioso! Recordaron aquello de:

Ola que sube,

Ola que baja;

Ola terrible,

Ola fatal.

¡"Ola"! , muy buenas!

¡"Ola"; ¿qué tal?

Uno de los bromistas cayó debajo de la mesa... porque se le habían soltado las gafas.

Charles, imitádoles, dijo al señor Yates:

—Ya me dijo mi hermano que era usted algo alegre.

Yates se puso serio. Aquello duraba demasiado:

—¿Se puede saber a qué viene todo esto?

—Mire usted, señor. Esta es la dirección que me dió mi hermano Bill, que es amigo suyo...

—Eso no es más que el membrete de una carta que le escribí a su hermano para decirle que era un fresco y que no me pidiera más dinero.

—Pero...

—Dígale a Bill que celebro su buen humor al mandarle a Chicago, pero que aquí no nos hacen falta cebollinos...

—¿No es una broma que me gasta usted, señor Yates? ¿No es cierto que mi hermano lo arregló todo para que yo cantara en su café? — insistió Charles, lloroso, descorazonado.

—Su hermano es un fresco, ya se lo he dicho; y déjeme en paz.

Anheloso de llorar, Charles salió precipitadamente del *cabaret*, sentándose en la calle, apoyado en la pared de uno de los lados del establecimiento nocturno, lleno de tristeza. ¡Qué burla más atroz! ¡Qué herida en su tan cara ilusión!



El señor Yates, acogiéndose de pronto a una idea hija de su poca capacidad mental, dijo a sus amigos, tan huecos de sensatez como él:

—Se me ha ocurrido que si hacemos cantar aquí a ese pueblerino, el público se va a tumbar de risa...

La ocurrencia fué aprobada, y un "botones" se encargó de ir a buscar a Charles, que no debía de andar lejos. El muchacho le encontró al cruzar la esquina del edificio.

—Oiga, joven...

—¿Qué quiere usted?... ¡Ah!... ¿Qué quieres, muchacho? ¿Que me marche más lejos?

—No, joven, no... El señor Yates me ha mandado buscarle para que cante usted. No fué más que una broma y dice que lo contrata...

Rápido como el rayo, Charles volvió al *cabaret*, reuniéndose al punto con el señor Yates.

Inmediatamente, varias coristas irrumpieron en el saloncito del propietario, y apoderándose de Charles, llevándose al escenario.

El señor Yates adelantóse a las candilejas, y dijo:

—Señoras y caballeros... Charles Ray, el célebre tenor de Riosequillo, va a cantar ante ustedes "El Vals de las Olas".

Charles apareció acto seguido. Los ánimos estaban preparados para la chanza. Las coristas estaban aleccionadas.

Y todo salió conforme lo previera Yates. El público metióse en seguida con el cantante, silbándole sin piedad, y las bailarinas lo sacaron de escena como un muñeco, provocando aún más la hilaridad de la gente.

Charles, en el escenario, no sabía qué hacer. Su alma lloraba. Su fracaso era rotundo. El infeliz miraba a las coristas, que se reían de él, y parecía decirles:

—Lo he hecho muy mal, ¿verdad? ¡Oh, sí! Lo leo en vuestros ojos. Lo siento en mí... Pero yo no lo quería... Yo canté para triunfar...

Y no pudiendo resistir por más tiempo su amargura, rompió a llorar como un chiquillo, con llanto desesperado.

Las coristas callaron como por ensalmo. Ninguna



...varias coristas irrumpieron en el saloncito del propietario, y apoderáronse de Charles, llevándoselo al escenario.

dejó de comprender la ignominia que habían cometido con aquel noble muchacho.

Una de las bailarinas se le acercó tímidamente, y le dijo cariñosa, como una hermana:

—No te aflijas, muchacho... Después de todo, esta vida no es lo que muchos se figuran.

Charles seguía llorando.

—Créeme a mí. Olvidate de lo que te ha pasado

y vuelve a tu pueblo... Toma... Acepta este dinero, ganado con mi trabajo... Con eso tienes para el viaje... Porque me figuro que estás a dos velas...

Charles rechazó el dinero.

—He sido la burla de la gente... Y me lo merezco. ¡Toda mi vida he creído que podía cantar... que tenía voz!... ¡Pobre iluso de mí! — gimió.

La corista, enternecida, enjugóse unas lágrimas.

Charles la miró con agradecimiento, obligóla a tomar el dinero que le ofrecía, y le besó la mano. ¡Qué buena era!

Y rota su alma por la pena, el pueblerino evocó a la amada que allá en Riosequillo deseaba su más rotundo triunfo.

—¡Adelina! ¡Mi dulce Adelina! — murmuró.

Y como si al invocar este nombre amado un poder invisible hubiese modelado su garganta de modo que su inspiración fluyese por ella con brío y arte insuperables, Charles se sintió con voz, y jugando la última carta, salió a escena, rogando a la música que le acompañase una romanza muy refinada con los tenores por requerir poco comunes facultades para su ejecución.

El público creía habérselas con un alucinado, pero apenas Charles hubo lanzado las primeras notas, su éxito quedaba asegurado.

Las coristas lloraban de alegría. Era el arte, el verdadero arte, que triunfaba de la estulticia de la gente.

Yates quedó asombrado, y sus amigos no cesaban de alabar el tesoro que Charles tenía en su voz.

Y en el corazón de Charles, Adelina sonreía...

¡El milagro era suyo!



Habían pasado unos meses desde aquella noche del Café Savarin, meses de triunfo y de apoteosis, que habían convertido a Riosequillo en un pueblo renombrado.

El usurero Salomón liquidó sus cuentas con los Ray, lamentando no haber podido quedarse con la granja.

Los padres de Charles vivían tranquilamente, y no menos tranquilo Bill, que no cesaba de repetir a todos los ecos:

—¡Todo el éxito, Charles me lo debe a mí!

Charles había devuelto bien por mal, como siempre, y su satisfacción era inmensa.

Y una mañana, un *auto* huía del pueblo a toda velocidad, arrastrando cacerolas, botas viejas y un sin fin de objetos más.

¡En él iban, hacia el cielo, Adelina y su marido, el buen Charles!

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

LA EXCELENTE NOVELA

EL CAMINO DE LA GLORIA

Por MONTE BLUE - MADGE KENNEDY, etc.

Producción PARAMOUNT

32 páginas

Numerosas fotografías

25 céntimos

Postal-fotografía-regalo: PAULINE FREDERICK

Prohibida la reproducción. Revisado por la censura gubernativa